

## Algo de Medicina y de Historia en los Reyes Católicos

---

Creemos haber averiguado y demostrado científicamente, hace algunos años, en el indebidamente fenecido «*Boletín de la Sociedad Castellana de Excursiones*» y en un trabajo titulado «*Isabel I y la Medicina*», que la enfermedad que acabó la larga y prodigiosa vida de la Reina Católica fué una endocarditis reumática, contraída en el transcurso de aquella asendereada existencia, que no conoció descanso ni sosiego espiritual ni material, ya que tuvo que resolver personalmente los problemas más grandes de la Historia de España y aun del mundo. La historia clínica de la primera mujer que tuvo nuestra patria, comparable con Sta. Teresa de Jesús, no es para repetida en esta ocasión, ya que mereció la conformidad aprobatoria de muchos ilustres colegas, entre los cuales recordamos la muy expresiva de los sabios Profesores D. León Corral y D. Isidoro de la Villa, tan doctos en Medicina como en Humanidades. La más auténtica efigie pictórica que se conserva es el retrato diseñado por Antonio del Rincón y en él aparece, en el rostro, cierta vultuosidad que, a los ojos avizores de un clínico observador, no puede pasar desapercibida como un signo tenue de cardiopatía mal compensada.

No tuvo nuestro Reino las ostentosas vanidades que incitaron a hacerse retratar a tantos Magnates, cuyas remembranzas llenan los Museos, y eso que ella tuvo a su disposición los mejores pinceles italianos, flamencos y españoles. Mucho la deben las Artes de los siglos xv y xvi, pero poco de ellas aprovechó para su perennidad en la plástica. En la Capilla Real de Granada, en departamento especial, figura una exquisita colección de lienzos y tablas que fueron de los Reyes Católicos, cuyas atribuciones hubieron de ser bien determinadas, casi todas, por Federico Madrazo. Por cierto que los pintores, escultores y alarifes, que estructuraron la Capilla Real de Granada, procedían principalmente de Palencia, que, cuando la conquista de Granada, era núcleo efervescente de Arte en el gran período de transición gótico-renacen-

tista, que singularizaba con Palencia a Valladolid, Burgos, León y Medina de Ríoseco. En la Capilla Real figura la huella leonina de Felipe de Borgoña que hizo harta labor en las tierras palentinas, en la misma expresión imperial caracterizada en los sepulcros que, en los mármoles de Carrara, tallaron para los restos de Isabel, Fernando y sus hijos, Domenico Fancelli y Bartolomé Ordóñez.

El rostro de la Reina Isabel no poseyó una depurada belleza, pero sí un encanto que transparentaba en él la inefable dulzura de aquella alma singular, de la que, a través de los siglos, aún puede enamorarse, en amor romántico y platónico, cualquier espíritu sensible, digno de ser evocado por la pluma de Teófilo Gautier. Las personas ultrasensibles no podrán explicarse que quien tuvo el honor y la dicha de ser el esposo de la gran Reina la sustituyese en el trono y en el tálamo por Germana de Foix, en cuya frívola Corte de Arévalo pudieron truncarse los altos destinos del doncel Iñigo de Loyola.

Cuando nosotros bosquejamos la historia clínica de Isabel la Católica, ya se habían formulado por otros escritores médicos los históricos nosológicos de algunas otras grandes figuras de la historia, principalmente de los emperadores romanos, pero quiero recordar la habilísima reconstrucción de la enfermedad que acabó con Carlos de Gante y que fué el paludismo pernicioso, según determinó por primera vez aquel talentado médico de Yute, insigne amigo mío y gran periodista, que firmaba con el seudónimo de «Crotontilo». La biografía de Isabel I, tan intensa y extensa y que debía ser una hagiografía, no ha cabido en las definiciones de tantos cronistas e historiógrafos. La existencia de algunos Reyes españoles, está contada día por día, y aún hora por hora, por algunos Cronistas, como los de Pedro I de Castilla, el de Alfonso X y los de Carlos I, (Foronda entre ellos, al que sólo le faltó un solo día intrascendente de la vida del Emperador) y de algunos personajes tanto o más eminentes que reyes; ahí está el caso de Juan Wolfgang Goethe, que tuvo para cada día de su existir un narrador como Eckerman. Sin embargo de su trascendente grandeza, sobre la humanidad de Isabel y Fernando aun no se ha dicho cuanto conocidamente se les debe por falta de Herodotos contemporáneos. Es indescripta la emoción con que hace poco tiempo hemos podido leer en nuestros días la crónica de un viaje a Granada que hizo en 1492 un tudesco que cuenta cómo visitó al Conde de Tendilla en sus funciones de Gobernador, a los Reyes en el Generalife, y cómo le faltó poco para besar el anillo a Fray Hernando de Talavera, cuya biografía trazó tan puntualmente su discípulo el Arcediano del Alcor. Por numerosa

que es la bibliografía coetánea y subsiguiente de los Reyes Católicos las fuentes auténticas de su realidad apenas están plasmadas en las Crónicas de los Reyes de Castilla, en el Epistolario y las Vidas de Hernando del Pulgar, en las «Generación y Semblanzas», en el libro del Cura de los Palacios, en los de Lucio Marineo el Siciliano, en las noticias de los Toros de Guisando y, muy principalmente, en obras portuguesas, poco manejadas en España, como las eruditísimas de Brandaon. Excluyo de estas fuentes las italianas, particularmente referentes á la psicología de Fernando de Aragón, y a todas las empresas político militares a que dieron lugar en España las algaradas de César Borja, el hijo del Papa, al que nuestros Reyes retuvieron prisionero en el Castillo de Medina del Campo, de donde se evadió audazmente, aventura que no corrió Francisco Colón, prisionero largos años de los Reyes Católicos en el Alcázar medinense, y en el que permaneció con tan liberal tolerancia, se conoce que por respeto a la vigente memoria del gran Almirante, que hubo de casarse en la misma fortaleza con comodidad y fausto. Me refiero a Nicolás Maquiavelo y sus congéneres.

Una prueba de que no está agotada la investigación sobre los Reyes que hicieron la unidad nacional y más aún acerca de Isabel de Castilla, está en que los episodios palentinos de dichos, nupcias y bodas que significaban el contacto de Aragón y de Castilla (al que anticipadamente puede aplicarse el dicho que López de Gómara adjudicó al descubrimiento de las Indias, como lo más maravilloso después de la Redención) no sabemos cómo se desarrollaron los sucesos del Palacio de los Condes de Buendía en Dueñas ni los de la casa de Vivero en Valladolid. Y sin embargo, el primer beso de aquellos ambos prometidos está aún repercutiendo en el mundo.

Del paso de los Reyes Católicos por la Historia tiene la tierra palentina huellas imborrables. El Palacio de los Acuña, Sres. de Dueñas y de Tariago, era una mansión señorial digna de tal poderío. La visita al Palacio, hoy Granja, muestra los restos de una mansión que, a mediados del siglo xv, cobijó espléndidamente a aquel mozo disfrazado que venía de Aragón, atravesando riscos y cauces, con la bula semi apócrifa en la que el Pontífice parecía dispensar los impedimentos canónicos que se oponían a sus bodas con la Reina de Castilla, acogida regiamente por los Condes de Buendía, que en todo ello querían emular y aun sobrepasar las fastuosidades del Duque de Alburquerque, adversario de la política defendida por los Sres. de la vieja Domnas. De aquella mansión ribereña del Pisuerga quedan los vestigios de su Patio de Armas, los de sus galerías altas y bajas y los restos del

Salón del Trono, con sus magníficos artesonados y alfajías, y de otras dependencias. Próceres con lujo que rodearía siempre a los Reyes Católicos, austeros y sobrios en su atuendo y costumbres hasta el morir, pero con un ambiente ostentoso que contradice el aserto demasiado difundido de que los Reyes de España estuvieron siempre mal alojados, olvidando la esplendidez de los viejos palacios asturianos, los aragoneses, las Arquitecturas Austriacas y las Borbónicas. Claro es que la Nobleza superó muchos veces el lujo de los Monarcas, que nunca tuvieron mansiones como la de Peñaranda de Duero o los palacios de Soria y de Salamanca, pero D.<sup>a</sup> Juan la Loca vivió rodeada de gran pompa en el Castillo de Medina del Campo, heredada de sus progenitores, que habían hecho de aquella fortaleza un Alcázar lleno de primores, cuya pesquisa debemos al gran artista el Conde Prast. Allí las cristalerías incrustadas y batidas con oro; las viguerías de maderas exóticas, cinceladas y doradas; las tapicerías y brocados únicos; las vajillas con las iniciales de Isabel y Fernando; los cuencos y tazas de vino marcadas con el «tanto monta» y los menesteres de los intendentes judíos que siempre utilizaron los Reyes Católicos antes de la inoportuna expulsión y alguna de cuyas cuentas en hebreo hemos tenido en nuestras manos. El encuentro de aquellos novios, menos azaroso que el de los de la novela clásica de Manzoni, tuvo el más trascendente simbolismo, porque ocurrió en el corazón palentino de la tierra vaccea, bajo los auspicios de uno de los mejores linajes castellanos que habrían de colocar luego sus estupendos mausoleos en la parroquia ojival-renacentista, a cuyas atribuciones artísticas ha dedicado tan fecundas horas García Chico. Pero es el caso de que en esa misma iglesia y cerca de los aposentos condales que guarecieron a los futuros Reyes de las Españas y de las Indias, estaba el pétreo sarcófago románico que guardaba los restos de un adolescente hijo de Alfonso X el Sabio y Príncipe de la casa de Suabia, porque el Rey Alfonso era Emperador de Alemania, y su hijo, sepulto en Dueñas, hubiera heredado todos los derechos de la madre y del padre, y en los momentos solemnes de los dichos y de las bodas el Angel de la Historia clamaba en los altos espacios la gloria imperial de España, cuyos derechos no han prescrito; y esto no son megalomanías, sino cosas derivadas de las singularidades raciales que nos favorecen.

Quisiéramos que la Ciencia hiciese el milagro, bien posible, de volver a la apariencia plástica los hechos fenecidos, para que algún día pudiéramos recrearnos *de visu* con los de los Monarcas Católicos, realizando el prodigio novelesco de el Anacronopete de Enrique Gaspar,

las renovaciones arqueológicas de Eduardo Toda, las de Jorge Ebers, y así veríamos a la Reina Isabel creando la Cultura, como cuando entre Calepinos y Nebrijas contribuyó al refinamiento del Romance castellano, cuando fundó hospitales, manicomios y leproserías, cuando consolidó Estudios y Universidades y cuando mecenó las Artes y las Letras sin perjuicio de cabalgar como una Valkiria en la consolidación de la Soberanía y la unidad hispánicas á costa del feudalismo y de los señoríos españoles que no fuesen los de Fernando e Isabel.

La revisión crítica de los reinados unidos de Aragón y de Castilla no sólo ha de ser documentado sino himnico al modo como, por otros motivos solemnes, lo realizaron Eça de Queiroz con la Pasión de Cristo y Hojeda en la Cristiada, y los episodios palentinos a través de aque glorioso reinado que dejó su estampilla gráfica escultural en las decoraciones del trascoro de la Catedral, en las de la puerta del Coro de Támara y en la inscripción gótica del Púlpito de la Iglesia de Torre-Martre revelan una identificación de aquellos grandes Reyes con Palencia, que está plasmada con la vida inaudita de Juan Rodríguez de Fonseca, tan universal por ser Español, Palentino y Gallego.

DR. RAFAEL NAVARRO

C. DE LAS R. R. A. A. DE LA HISTORIA Y DE BELLAS ARTES DE SAN FERNANDO,  
NUMERARIO DE LA INSTITUCIÓN «TELLO TÉLLEZ DE MENESES»,  
DR. HONORIS CAUSA DE LA UNIVERSIDAD INTERNACIONAL DE LONDRES.